

**EL PESO DE UNA PALABRA.
APROXIMACIÓN A LA ESCRITURA DIARÍSTICA EN *FILOSOFÍA
EN LOS DÍAS CRÍTICOS* DE CHANTAL MAILLARD.**

**A WORD'S WEIGHT.
APPROACH TO THE DIARISTIC WRITING
IN CHANTAL MAILLARD'S *FILOSOFÍA EN LOS DÍAS CRÍTICOS***

MARTA CRESPO CAMPOS

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Resumen: Este artículo se propone trazar algunos apuntes que permitan pensar la particular incursión de Chantal Maillard en las escrituras del yo como materialización formal del proyecto poético y filosófico de la autora. Así, a partir de una lectura de *Filosofía en los días críticos*, la primera obra de Maillard presentada como diario, a la luz de las características tradicionales de este género literario, se buscará articular una reflexión en torno a las consecuencias de la elección del diario respecto de la pregunta por el sujeto y de la voluntad de destruir un pensamiento y un lenguaje sustentados en la metafísica y la ontología.

Palabras clave: diario; escrituras del yo; subjetividad; antiplatonismo; Chantal Maillard

Abstract: The aim of this paper is drawing some notes on Chantal Maillard's particular incursion in the self writing as a formal materialization of her poetical and philosophical project. From a reading of *Filosofía en los días críticos*, the first work of Maillard presented as a diary, in light of the traditional characteristics of this literary genre, this work will try to articulate a reflection on the consequences of choosing the diary regarding to the question of the subject and the will to destroy a thought and a language based on metaphysics and ontology.

Keywords: diary; self writing; subjectivity; antiplatonism; Chantal Maillard



Pensar a Chantal Maillard es volver a la paradoja que supone tratar de conocer lo que somos precisamente con lo que somos, o a la de reflexionar sobre nuestra concepción del mundo y de la identidad con el material que la constituye: el lenguaje. Pensar a Chantal Maillard es enfrentarse al peso de esas palabras con las que hemos forjado el mapa de coordenadas en que nos movemos y al que estamos acostumbrados. Cuando las palabras con las que hablamos se vuelven pesadas, cuando se convierten en abstracciones tan familiares que olvidamos con ellas, como dice Maillard, el fuego del que son señales (Maillard, 2017: 18), es preciso entonces inspeccionarlas, observarlas minuciosamente para tratar de ver sus entresijos y las costuras que delatan su manufacturación. Esta es, a mi entender, la cuestión a la que apuntan los fragmentos de *Filosofía en los días críticos*: a una práctica diaria de desmantelamiento de las creencias que habitamos que parte de la conciencia de que nada de lo que podamos pensar, sentir o percibir escapa de un sistema de relaciones que hemos diseñado para luego asumir como natural a la par que incuestionable y cuyo garante es el lenguaje. La conciencia de que toda respuesta está predicha de antemano. Pero ¿por qué acudir a unos diarios para hablar de ello? ¿Responden, en realidad, este conjunto de textos, a lo que hemos entendido tradicionalmente por diarios? Esta última pregunta se asoma ya en la misma anunciación del título. Mi propuesta es hacer una lectura de *Filosofía en los días críticos* atendiendo a estas cuestiones y a la particularidad que la obra presenta en el momento en que, haciendo caso de su subtítulo y de las palabras que la cierran, nos decantamos por entenderla como diario. Particularidad que no resulta en absoluto baladí, sino que tiene que ver con la pregunta por el sujeto y con la voluntad de destruir un pensamiento y un lenguaje sustentados en la metafísica y la ontología.

Filosofía en los días críticos nace de las anotaciones que Chantal Maillard fue tomando en unos cuadernos a partir de 1993. La autora ofrece estos diarios como un conjunto de textos mayoritariamente breves que aparecen numerados y dispuestos cronológicamente, según ella misma precisa en el epílogo, pero sin la indicación de la fecha en que fueron escritos, lo que ya supone un punto de inflexión respecto de los elementos que caracterizan el género diarístico. Teniendo en cuenta que el gesto de Maillard aquí pasa por subvertir la tipología clásica del diario, quizás sea preciso considerar en qué sentidos se distancia del modelo. Retomando, entonces, la cuestión de las fechas, si en el diario tradicional la fragmentariedad del tiempo no impide que los textos se mantengan hilados por la secuencialidad que la datación establece, en *Filosofía en los días críticos* quedan desprovistos de cualquier tipo de ordenación artificiosa; por el contrario, mantienen su pulso de “alientos-sacudidas” (Maillard, 2001: 250). Así pues, hay de primeras una voluntad expresa de subrayar la fragmentariedad, que es la condición espontánea de la reflexión en la escritura, desde la asunción de que, si el pensamiento adviene por sacudidas y se ve interrumpido constantemente, exponerlo tratando de establecer una continuidad entre estas interrup-

ciones se vuelve pura escenificación. ¿Y qué es el tiempo sino un encuadre según el que tratamos de dar un sentido progresivo a nuestra experiencia vital? A esto mismo parece estar apuntando Blanchot cuando se refiere al calendario como el demonio, el inspirador, el compositor, el provocador y el guardián del diario. A propósito de ello, dice Blanchot: “Escribir un diario íntimo es ponerse momentáneamente bajo la protección de los días corrientes, poner la escritura bajo esa protección, y protegerse también de la escritura sometiéndola a esta regularidad dichosa que nos comprometemos a no amenazar” (Blanchot, 2005: 219). En este sentido, el detalle de prescindir de las fechas en *Filosofía en los días críticos*, que podría parecer poco significativo, no lo es en absoluto, pues precisamente sugiere que ese sentido progresivo no viene dado, sino que es puesto posteriormente porque necesitamos una orientación. Consciente de ello, en el epílogo, es decir, explícitamente después de la redacción, Maillard ofrece distintos recorridos temáticos posibles por los fragmentos, pero en ningún caso sucumbe a la datación, que, como las abstracciones de las que hablaba antes, se ha tornado demasiado familiar como para que podamos percibir su artificialidad. El hecho de permitir que el lector escoja convierte el diario en un texto abierto y evidencia cómo el sentido se verá construido de modos distintos según las decisiones tomadas en la recepción. En cualquier caso, de lo que se trata es de suspender la racionalidad temporal para asumir el instante, de abandonar la lógica teleológica generando así la posibilidad de abrirse al suceder en el presente de la escritura y aprender a estar en el mundo de otra manera, pues el tiempo heredado es

una persiana que se cierra como una guillotina impidiendo *ver*, impidiendo tomarle el pulso a las cosas. Nuestro tiempo es un no-tiempo que obliga a sobrepasar el ritmo, todos los ritmos, logrando vencer la gravedad de los cuerpos y su armonía. Hubo un tiempo en que vivir era mirar, despacio y en silencio. (Maillard, 2001: 142).

Otro de los aspectos que particulariza *Filosofía en los días críticos* es la ausencia acuciante de la anécdota o la referencia a lo experiencial que caracteriza el diario al uso, por ser este una minuciosa constatación de hechos cotidianos (García Berrio; Huerta Calvo, 2009: 228). No hay rastro de ello tampoco en estos fragmentos, sino que en su lugar asistimos a una exposición de los procesos mentales, a una constante re-flexión, flexión de la conciencia sobre sí misma, que prescinde de aquello que llamaríamos “exterior” a la mente, en un intento de dar cuenta de lo que sucede dentro de sí.

¿Pero lo que sucede dentro de quién? ¿Quién es ese sí? ¿Quién habla en estos diarios y en qué medida puede hacerlo prescindiendo de lo que le ocurre en un plano experiencial? Resulta de primeras llamativo que Maillard presente los diarios como un “ejercicio de egocentrismo”. Quizás lo más habitual tanto de los diarios en particular como de la escritura autobiográfica en general es la presencia de un sujeto que habla de una experiencia propia y que al mismo tiempo funciona a modo de eje vertebrador de los fragmentos, centro del que emana la

escritura. Sin embargo, cabe recordar que, según apuntan las teorías deconstructivistas del yo autobiográfico, en los últimos siglos en Occidente las escrituras del yo han permitido plantear el problema de la identidad como construcción textual antes que como realidad preexistente en relación especular con el texto (Pozuelo Yvancos, 2006: 31). Es este el caso de *Filosofía en los días críticos*, donde el yo se convierte precisamente en uno de los temas principales de reflexión. Dice Maillard:

Vuelvo a mí en la escritura, o antes aún, en la tensión que dispone a la escritura. ¿Qué soy, quién soy antes y después del cuaderno? ¿Qué soy, dónde estoy cuando no me escribo? Puede decirse que el cuaderno me está creando, está haciendo de aquel mí disperso el yo que se interroga acerca de sí mismo. (Maillard, 2001: 45).

Así pues, el yo no estaba antes: está aconteciendo y formándose en el proceso de la escritura. En el momento en que el sujeto no es una categoría hecha, previa al acto de escribir, sino que, al contrario, su identidad está diluida, en un continuo proceso de gestación que no terminará por concluirse, la escritura deja de entenderse como *mimesis* y pasa a concebirse como un espacio para la *poiesis*, la creación de la propia identidad.

El tema de la escritura como espacio de creación de realidad es fundamental en Chantal Maillard, para quien la realidad no es “lo otro que ha de ser aprendido” (Maillard, 2017: 14) sino el fruto de un proceso consensuado de construcción. La realidad no es aquello externo al sujeto que pueda representársele, ni siquiera como fenómeno. Tampoco el pensamiento es una herramienta para la conquista de algo situado fuera de él, sino la facultad que permite visibilizar y disponer las piezas que están a su alcance para forjar un entramado en el que poder movernos. En el afán de conocer lo que llamamos realidad, lo que hacemos es crear un mundo, y, como dice Maillard en *La razón estética*, “crear un mundo es provocar una imagen re-flexiva [...], mostrarle a la conciencia aquello que la conciencia parece incapaz de ver cuando no está ordenado en un sistema que permite el reconocimiento” (Maillard, 2017: 20-21). De modo que el mundo que habitamos se revela como una ficción; pero una ficción necesaria, pues además de que es una necesidad social crear mundos comunes para habitarlos, resulta imposible no construir una realidad con el lenguaje. En consecuencia, si en el intento de acceder a lo que llamamos realidad, nunca dejamos de crear, la pretensión de conocer se acaba tornando siempre un espejismo. A este respecto, uno de los textos de *Filosofía en los días críticos* dice lo siguiente:

Creí poder descubrir los secretos del universo y tan solo he logrado ver mi modo de comprender las cosas que me rodean. Quise alcanzar los límites del mundo y solamente he visto mis propios límites. Tan solo una cosa es cierta, de tan obvia: no puedo saber lo que no sé. [...] Vamos empujándonos todos, a ciegas, sumando esfuerzos a la nada. Cierto es que unos pocos nos sabemos ciegos mientras

que otros —la mayoría— creen ver. Lo que ven son sus propios ojos de ciego mirando. Nunca vemos más allá de la condición de nuestros ojos. El mundo es percepción. Nosotros lo creamos. (Maillard, 2001: 177-178).

El sujeto construye un mundo y, con él, se crea también a sí mismo: “No hay dentro. El dentro lo dicta el fuera y el fuera lo construyo con la ayuda de todos. Del mismo modo que en el límite de mi ceguera desconozco el mundo, también me desconozco” (Maillard, 2001: 178). El movimiento es bidireccional y por eso: “uno siempre habla y escribe desde sí” (Maillard, 2001: 249). Así, en la medida en que la realidad se descubre como artificio, la verdad deja de ser operativa, se convierte en una idea provisional, precaria: ya no es lo que media entre el sujeto y la realidad, sino que adquiere su validez entendida simplemente como la coherente relación entre las piezas que conforman un sistema. El problema aquí está en que el pensamiento se ha orientado hacia esta idea de verdad y se ha concebido a sí mismo como re-presentación o des-velamiento de ella, en lugar de asumir su carácter productivo, constructor de realidad. El ejercicio de *Filosofía en los días críticos* consistirá precisamente en enseñar a ver dónde se han urdido los engaños al presentar la supuesta verdad de las cosas —especialmente en lo que atañe al sujeto, en torno al que se articula el género del diario— y en asumir la responsabilidad que conlleva saberse, desde el punto conformador de red que cada sujeto ocupa, artífices de la realidad que habremos de habitar. Este planteamiento estético-filosófico, como se puede observar en las siguientes declaraciones de Maillard en “El no saber cargado de compasión”, responde, por tanto, a un posicionamiento político:

Mi apuesta tiene que ver con la conciencia de que las proposiciones científicas que se aplican al mundo de la experiencia no son sino una universalización de la opinión, y no tienen mayor valor que aquella [...]. Lo propio de la universalidad es obviar las circunstancias del decir. Apunté pues al acontecimiento. Toda escritura (y todo decir) es acontecimiento, y quien escribe también acontece al tiempo. ¿Por qué no decir ese acontecimiento? ¿Por qué no integrar eso que queda, que quedó siempre en los márgenes del ensayo? (Borra; Giordani; Gómez, 2010: 8)

Es en este sentido que la rebeldía contra los géneros literarios en Chantal Maillard constituye una apuesta por articular la reflexión tradicionalmente vinculada al ensayo a partir del diario para explicitar el lugar desde el que acontece, redimensionarla con la torsión del lenguaje y con-textualizarla en las circunstancias personales en vez de hacerla pasar directamente por los cauces de la universalidad. Dice Maillard: “Yo no enseño verdades; enseño una vía para desalojar prejuicios, opiniones, supuestos, todo aquello que nos sirve para apuntalar el edificio donde habitamos bien seguros” (Maillard, 2001: 160), y luego recordando a Nietzsche: “Enseño a destruir estatuas antes de que nos aplasten”. Esta es,

según Maillard, la función que debería asumir la filosofía, y de ahí quizás el título que encabeza los diarios. Enseñar a ver, y después, el que quiera seguir tejiendo, que lo haga, pero consciente. El que no, que aprenda entonces a soportar el vacío. Luego estará aquel que pasará los días tejiendo y destejiendo: tejiendo por placer o por necesidad y destejiendo porque sabe que lo que vale es la acción creadora, no su resultado, que será siempre provisional.

Una de las ideas que se deberá destejer primero es la de ser, que presupone que las cosas en sí mismas tienen una esencia, un centro estable. La noción de ser con todo lo que ella implica es precisamente uno de los principales caballos de batalla de *Filosofía en los días críticos*, sobre todo en la medida en que ha sustentado la idea del yo, forzando a entender la conciencia según una serie de categorías que la limitan y obligándola a ser aquello que no es por debajo de este concepto. A propósito de ello, quisiera fijar la atención un momento en el prefacio que abre paso a estos diarios, donde se habla de ese sí mismo como una: "Aparición y des-aparición de lo que yo no soy, siéndolo más de lo que me soy a mí misma por debajo de mí" (Maillard, 2001, 7). Y sigue:

Aparición y des-aparición de lo que no somos, ya que ser es ser limitado, ser es estar cercado, ser es vivir en un cerco: vivir atemorizado en un círculo de fuego sin atreverse a a-cercarse, a romper el cerco aproximándose a las llamas que aprisionan con su horror, con su nada, con su amenaza: la *purificación*, la destrucción por el fuego (Maillard, 2001, 7)

La función de los diarios es, en buena medida, la de asumir esta tarea de destrucción de los cercos-mundos-creencias, partiendo de la que menos dudas nos ofrece y, por tanto, la más pesada de todas, el yo, desde la constatación de que, como escribió Nietzsche:

El sujeto es la ficción de que muchos estados similares en nosotros son el efecto de un substrato: pero somos nosotros los que primero creamos la "semejanza", entre estos estados. Lo importante no es tanto su semejanza como el hecho de que nosotros los modifiquemos y los hagamos similares; las distinciones entre "sujeto", "objeto" y "atributo" son entonces invenciones. (*apud* Pozuelo Yvancos, 2006: 36).

Si yo no es nada salvo una idea, si aquello que *somos* está en perpetua construcción mediante el pensamiento y el lenguaje, hasta el punto que no es nada más que el pensamiento y el lenguaje mismos, en *Filosofía en los días críticos* se procede a tratar de desmontar esta idea del yo; a emprender un viaje hacia atrás mediante el que tomar conciencia de los cercos en que nos construimos y dejar así, como dice Maillard, de levantar falsos testimonios en ese espacio ardiente que nos constituye y que no debe ser apresado por los conceptos. De este modo, en estos diarios se abre paso una observación sobre cómo se confi-

gura el yo, con todas las exclusiones que este proceso implica. Escribir se convierte, así, tanto en captación de lo que está sucediendo *en, para y con* la conciencia en este mismo instante, como en plataforma para la construcción de una nueva concepción de la subjetividad:

El trabajo de la conciencia: un largo tiempo de observación. Todo es observado. Todo. Incluso la observación misma. Ahí, la conciencia se apaga. Ese es el límite. Más lejos no se puede ir, al menos de este modo, con este tipo de conciencia. Otra cosa no sé si existe; si es posible no he de saberlo, al menos de ese modo, con ese tipo de conciencia. (Maillard, 2001: 123).

Sin embargo, en el intento de visibilizar los mecanismos de dicha construcción, la re-flexión se topa con la barrera de las palabras. Maillard lo reconoce al afirmar que “el error es, sin duda, un error de lenguaje” (Maillard, 2001: 113), en la medida en que esta es la herramienta del pensamiento para instaurar un mundo. El problema del lenguaje heredado reside en que está basado en la ontología, en la pregunta por la verdad, por la esencia de las cosas y por su estabilidad, pregunta que presupone que dichas ideas se corresponden con la realidad y por tanto son inamovibles. El conflicto viene por una concepción del lenguaje como mecanismo representacional, y no como estrategia lúdica para formar comunidad. No obstante, la paradoja está en que, sin hacer uso del lenguaje, resulta imposible cambiar la realidad. Dice Maillard: “solo puedo hablar de mí y solo puedo hacerlo en el lenguaje que he aprendido” (Maillard, 2001: 113). Frente a esta ineludible limitación, la propuesta de Chantal Maillard consiste en “desembarazarse de las palabras. Desembarazarse de su peso. Evitar la formación de huellas” (Maillard, 2001: 27). De ello resulta una escritura que se dice y se desdice constantemente, que avanza siempre retrocediendo y cuyo significado se va construyendo de forma germinativa mediante resonancias, pues de lo que se trata en todo momento es de quedarse con el juego de lo posible impidiendo que las formas móviles e inconclusas coagulen o se resuelvan en algo acabado, a pesar de la angustia que esto pueda generar. Aquí es donde la libertad expresiva que promueve el género del diario, por su ausencia de conclusividad o de punto de llegada, lo convierte en un género privilegiado para mantener el doble movimiento de observación-destrucción de las creencias y construcción de nuevas formas de concebirnos.

Ya llega el punto final de nuestro recorrido, pero para terminar, quisiera apuntar que, a pesar de que la particularidad de *Filosofía en los días críticos* como diarios se descubra en perfecta consonancia con un proyecto de pensamiento que se articula entre sus páginas, si nos acogemos a una visión más amplia de lo que puede ser un género literario y entendemos, con María Zambrano, que “lo que diferencia a los géneros unos de otros es la necesidad de la vida que les ha dado origen” (Zambrano, 1995: 25), es posible que la necesidad vital a la que responde el diario sea la de dar cuenta de un pensamiento que va gestándose y deshaciéndose, siempre en el papel, a la par que esa vida de la que brota, en el

sucedir de los días, en cada uno de ellos en particular y en todos al unísono. Un pensamiento que, en el caso de *Filosofía en los días críticos*, está volviendo constantemente sobre sí mismo, interrogándose sobre su modo de proceder y disecionando aquel supuesto soporte que lo hace posible: el yo. Así, *Filosofía en los días críticos* se abre a modo de rastro de un viaje interior hacia la destrucción de un mundo y, al mismo tiempo, como condición de posibilidad para la transformación que este viaje conlleva, a sabiendas de que, como dice uno de sus textos: “De mí no quedará nada tras mi muerte. Cada una de mis partículas retornará a su elemento. Pero mi palabra ha trazado una estela, ha vibrado en doscientas cabezas y en doscientos tórax a la vez” (Maillard, 2001: 23). Todas las cosas conspiran para su desaparición, pero mientras no desaparecemos, aunque debemos saber que desapareceremos, como el mundo con que nos damos sentido, juguemos a tejer(nos) y destejer(nos), a conciencia. Atrevámonos a jugar sin perder de vista el juego.

BIBLIOGRAFÍA

- BLANCHOT, M. (2005). *El libro por venir*. Madrid: Trotta.
- BORRA, A.; GIORDANI, L.; GÓMEZ, V. (2010). El no saber cargado de compasión. Conversación con Chantal Maillard. *Manuales de instrucciones, 7/II*. Madrid: Fundación Inquietudes.
- GARCÍA BERRIO, A.; Huerta Calvo, J. (2009). *Los géneros literarios: Sistema e historia*. Madrid: Cátedra.
- MAILLARD, Ch. (2001). *Filosofía en los días críticos*. Valencia: Pre-Textos.
- (2017). *La razón estética*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- POZUELO YVANCOS, J. M. (2006). *De la autobiografía. Teoría y estilos*. Barcelona: Crítica.
- ZAMBRANO, M. (1995). *La confesión: género literario*. Madrid: Siruela.